

El lenguaje de la paz y sus errores*

Por Eduardo Posada Carbó**

"La manipulación, y sin duda el temor" - nos ha advertido Mauricio Rubio - " han llegado en Colombia al extremo de contaminar el lenguaje. Ya no se pueden llamar las cosas por su nombre" (*Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia*, Bogotá, 1999, p. 225). En efecto, en vez de "secuestro" se habla de "retenciones" y hasta de "pescas milagrosas", una forma cínica de trivializar el horror de tal acto criminal. Los asesinos reciben el calificativo casi neutro de "victimarios". Acciones que bajo el derecho internacional estarían cobijadas sin dudas bajo la figura del "terrorismo", quedan en el país amparadas por un lenguaje que tiende a despenalizarlo casi todo. La distorsión del lenguaje no se reduce al ámbito delictivo. La distorsión del lenguaje es visible también en el análisis de la realidad política y en el entendimiento de nuestro pasado mismo como nación. ¿Por qué hemos llegado a tal grado de confusión? ¿Cuál es el efecto del lenguaje dominante en las negociaciones de paz? ¿Cómo está afectando el futuro de la democracia en Colombia?

Importa decir, para comenzar, que el tema no es banal, mucho menos abstracto. Mauricio Rubio nos remite a la siguiente reflexión: "El lenguaje moldea los patrones de pensamiento sobre los cuales la gente basa sus acciones. Las actividades pueden asumir muy distintas apariencias dependiendo de cómo se denominen. Los eufemismos en el lenguaje proveen un mecanismo conveniente para enmascarar actividades reprobables y aún conferirles un aura de respetabilidad". Bajo el lenguaje que está dominando hoy en el país, se han venido consolidando además estereotipos que, como bien lo observara Fernando Cepeda Ulloa "son fatales para Colombia" (*El Tiempo*, 12/10/00). Fatales en, por lo menos, tres sentidos. Primero, la nación se ha formado imágenes destructivas de sí misma, avergonzada de toda su historia, sin confianza en sus instituciones actuales, y sin fe en su porvenir. Segundo, esta visión fatalista es la que se proyecta en el mundo exterior, cuya opinión, al internacionalizarse el conflicto, puede volverse cada vez más determinante sobre el rumbo de los colombianos. Y, finalmente, tales estereotipos terminan dándole la razón a los enemigos de la democracia colombiana y de su Estado de Derecho.

¿Manipulación? ¿Temor? Las razones que explican la confusión del lenguaje en el análisis de nuestra realidad son variadas. Dicha confusión es en parte el resultado de un lento y prolongado proceso histórico de transformación de valores e ideas, de esa permanente confrontación ideológica que vive toda sociedad democrática, cuyos efectos inmediatos son por lo general imperceptibles. Pero dicha confusión es también alimentada por la dinámica de una negociación en la que el gobierno se cree obligado a ceder en su mismo discurso político. Malcolm Deas lo ha señalado

con elocuencia: "Por la misma naturaleza del proceso en el cual está embarcado – este gobierno o cualquiera que esté en su situación – tiene que abandonar parte de su natural rol pedagógico... Un gobierno supuestamente democrático a veces habla muy poco de la democracia; no conviene. O cuando se toca, lo aborda con una contemplatoria autoflagelación... Tiene que aguantar mucha retórica, mucha crítica, escuchar sonrientes mucha tergiversación, mucha versión muy parcial de la historia del país" ("La paz: entre los principios y la práctica", en Francisco Leal, ed., *Los laberintos de la guerra*, Bogotá, 1999, p. 176).

La tergiversación de la historia es uno de los más claros reflejos del lenguaje político dominante. Todo el pasado nacional parece aquí deslegitimado en una narración que se confunde con una serie continua de fracasos. Se han perdido, en palabras de Daniel Pécaut, "los referentes históricos", con lo que se fragiliza así "el papel de la opinión pública". Se nos repite con frecuencia que éste ha sido un país siempre "en las mismas", manejado desde siempre "por los mismos"; que aquí la democracia ha sido una farsa desde la independencia; que los colombianos nunca hemos sabido tolerar las opiniones ajenas. Se nos repite, en fin, que las instituciones, todas las instituciones, las de ayer y las de hoy, han carecido y siguen careciendo de legitimidad. Y estas aseveraciones se hacen en un lenguaje lleno de absolutismos, sin matices, en un tono dogmático que no admite debate alguno. En esta interpretación de la realidad, bajo tales términos, no hay posibilidad de reformar lo existente, pues lo que se exige es que lo existente desaparezca por completo.

¿Son estas reflexiones sobre el lenguaje relevantes al actual proceso de paz? Mucho. Como también lo ha advertido Mauricio Rubio, "... parece haberse impuesto, sin salvedades, la visión de la contraparte en la mesa de negociación" (*Crimen e impunidad*, p. XV). La imagen que proyecta el lenguaje que está dominando el análisis de la realidad política colombiana, tanto en el país como en el exterior, es precisamente la imagen de un Estado y de una sociedad sin legitimidad ni defensa intelectual algunas, frente a la arremetida violenta de quienes se amparan entonces bajo los supuestos argumentos de una guerra justa. No estamos pues ante un simple juego de palabras, sin consecuencias prácticas. Detrás de todo lenguaje hay principios. Y ceder del todo y sin reservas en el lenguaje, cuando está de por medio la democracia y la libertad, es abrirle espacios no a la paz sino a la tiranía.

*** Este es el primero de una serie de artículos académicos en los que se examinará el lenguaje político que predomina en el análisis de la realidad colombiana y sus efectos en el proceso de paz.**

**** Eduardo Posada Carbó es asesor permanente de la Fundación Ideas para la Paz. Sus artículos quincenales son elaborados especialmente para nuestras redes de información. Posada Carbó es abogado con especialización en ciencias socioeconómicas de la Universidad Javeriana, master en estudios latinoamericanos y doctor en historia moderna de la Universidad de Oxford. Es autor y editor de varios libros y ensayos. En la actualidad es Senior Lecturer del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres y columnista de El Tiempo.**